

LOS VIAJANTES DE ESPAÑA

HACE ya muchos años que las más importantes bazas de la política interior se ganan en el extranjero. Esto no es sólo privativo de España: por el contrario, España ha tardado mucho en incorporarse a esa corriente, por varias razones: el sedentarismo de Franco —comunicado e impuesto a sus ministros—, una fobia filosófica y política hacia el exterior, de raíz casi agustiniana —"nullo foras ire..."—, pero entreverada también de miedo; una repugnancia electoral de los estadistas de las democracias a recibir representantes del último fascismo constituido de Europa (conveniente y necesario para ellos, por una parte, pero poco "de recibo"), y, en general, una elevada dosis de nacionalismo, de orgullo y de residuos de una autarquía original. Nada de ello impidió acuerdos, entramados, pactos visibles e invisibles: nada podía impedir la entrada en una especie de imperio constituido. Mientras, el mundo se intercomunicaba. Es demasiado superficial atribuir esta intercomunicación a la facilidad y abundancia de medios de transporte y de relación. En realidad, el mundo se ha estrechado a partir del carácter visible de guerra civil mundial que tuvo la última conflagración, con sus aspectos ideológicos y de sistemas de gobierno, y con el establecimiento de cabezas de serie en las más importantes zonas mundiales. Se han internacionalizado los partidos políticos —paradójicamente, se están nacionalizando aquellos que tenían más vocación de internacionalistas—, los sindicatos, las grandes empresas, el capital financiero, la información y las artes, y hasta la emigración, con sus miserias y sus restricciones, es una internacionalización. Desde la esfera política, la imposibilidad de una guerra mundial ha aumentado la necesidad de los contactos —dentro de los grandes grupos y entre ellos—; y todo, en conjunto, repercute seriamente en las políticas nacionales. España se ha echado a viajar. Desde el incansable Jefe del Estado hasta los funcionarios dirigentes de los partidos. La forma en que la televisión, esta enorme arma de gobierno, magnifica o reduce la importancia de los viajes, muestra hasta qué punto la política exterior corresponde con la política interior.

LO que esta España oficial y oficiosa —¿es exagerado llamar oficiosos a los firmantes del pacto de la Moncloa?— está viajando

es una imagen nueva, a cambio de la cual espera una ayuda. O la serie de ayudas, grandes y pequeñas, que suponen la inserción de pleno derecho en el mundo "de los demás". Hay un acuerdo común, quizá tácito, en vender esa imagen. No es, sin duda, casual que mientras el Jefe del Estado se encontraba en Bruselas, sede del Mercado Común y de la OTAN —cuyo secretario general, Luns, asistió a la recepción española, aunque se haya desprovisto oficialmente de significado político a esa presencia—, el secretario general del PCE hiciera en Estados Unidos observaciones no contrarias al ingreso de España en la OTAN y justificase la existencia de bases

partido, como los partidos socialistas del mundo. La diferencia con el partido del señor Carrillo es la de que éste, por ahora, es solamente un aspirante.

Se vende una imagen. En las esferas de poder interesa consolidar la idea de que desde ellas se ha creado la democracia —es decir, la fórmula necesaria para ser "como los demás"—; desde los de la oposición, para lavarse del concepto posible de colaboracionistas y para presentarse como los vigilantes, los garantes de esa democracia —quedó bien claro con la visita de la delegación española pluripartidista al Consejo de Estrasburgo—, y para obtener el espaldarazo de "alternativa



Felipe González, con el encargado de las relaciones exteriores del PSOE, Luis Yáñez, contempla el "Guernica" de Picasso, depositado temporalmente en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

de Estados Unidos por la de las bases soviéticas. Don Felipe González, secretario general del PSOE, mantenía ciertas reticencias, pero su invitación a la Casa Blanca, la oficialidad de su viaje —frente al carácter marcadamente privado que se ha dado al del señor Carrillo— le muestran como perfectamente incluido en la gran familia de Occidente. Como su

de poder". Entre todos, como un reconocimiento de una realidad internacional, y de que fuera de esta corriente de carácter universalista no hay salvación. Si se compara toda esta acción con la que unos pioneros intentaron hace años y fueron castigados por ello —el "cotubermio" de Munich, que produjo exilios, cárceles, destierros y destitución



Carrillo, sonriente y satisfecho de su viaje a USA, el primero que hace a ese país el dirigente de un partido comunista que no está en el poder, entre estudiantes de la Universidad de Yale.

nes, además de una desaforada campaña de prensa—, se ve el movimiento de algo que llamamos progreso. La unanimidad de las Cortes al aprobar la solicitud de adhesión a la Comunidad Económica Europea es una muestra de este consenso. Y de las líneas generales de repercusión en la política interior de la política exterior, que en realidad forman un todo.

LA coincidencia de la visita de los señores González y Carrillo a Estados Unidos, y la polémica que han mantenido a distancia de España, y con distancia también entre sí, enseña la importancia de la política nacional entreverada con la política exterior. Lo que el señor Carrillo y el señor González han ido a mostrar a Estados Unidos es que ellos son, pueden ser, una alternativa de gobierno, y a recoger, si no el apoyo, por lo menos la falta de oposición del país cabeza de serie del gran imperio de Occidente. Los azuzamientos mutuos van en el sentido de demostrar la incapacidad del otro de formar o participar en un Gobierno que fuera de recibo. Hay, al mismo tiempo, una disputa por el espacio político a ocupar.

ES indudable que, por ahora, el partido más próximo a obtener la alternativa de poder es el socialista, por razones históricas. Y porque es, en número de votos, el segundo del país—el primero, dicen muchos de los socialistas, desconsiderando que la UCD es un auténtico partido político, sino una coalición coyuntural de intereses—. Unas razones históricas han jugado a su favor, otras en contra: en este país, todavía hay grupos de po-

der muy importantes que consideran a los socialistas como elementos peligrosos, no muy diferentes de los comunistas, que son los "malditos" universales. Hay una serie de poderes de carácter conservador dentro del país a los que los dos partidos se aproximan o tratan de aproximarse cada día más. Fuera del país—y dentro, naturalmente, del país—están los Estados Unidos, que mantienen casi desde su fundación una guerra continua—material o de influencias— por defender un sistema frente al cual se han alzado, siempre, los dos partidos: el capitalismo. Los socialistas europeos, triunfantes o aspirantes, han demostrado ya que el capitalismo tiene poco que temer de ellos, en cuanto a las doctrinas originales—nacionalizaciones, cogestiones, poder obrero, etcétera—; el PSOE tiene también que hacer esa demostración para fuera del país y para los grupos de poder dentro de él, pero con la suficiente cautela para no perder su clientela electoral y militantes. Está claro que el Partido Comunista, por sus orígenes y por su carácter de "maldito" universal, tiene que hacer una contracción mayor para ponerse en franquía. Cuenta para ello con la fidelidad prodigiosa—a veces dolorosa— de sus militantes, tan plásticos, y con un posible beneficio electoral: la España moderantista puede ofrecer muchos más votos a un PCE sereno y democrático que a su imagen revolucionaria: siempre que el PC siga ofreciendo garantías para las clases menos favorecidas del país. Es decir, que busque la justicia social y la liberación del trabajo respecto del capital por "otros malditos". Pero esos otros medios, ¿no eran los que ofrecía el PSOE? Esta lo cree así, ve invadido su espacio político. Esta disputa viene sucediendo en España desde hace tiempo:

que se plantee ahora en Estados Unidos tiene su importancia. Es en Estados Unidos donde el señor Carrillo dice que su partido ha abandonado, o va a abandonar, el leninismo: es decir, aquello que dentro de él se oponía a la democracia burguesa, a las libertades individuales, que preconizaba la revolución mundial y la dictadura del proletariado, y que en cierta medida "rusificaba" al partido. Es allí donde se explica al capital americano que puede invertir en España con seguridad y donde se dice no combatir—por ahora, mientras circunstancias de poder y amenaza soviéticas duren— las bases americanas. Es lo que el leninismo condenaría por desviación a la derecha. Pero si se comienza por condenar al leninismo, aquello ya no tendría sentido. Don Felipe González toma, entonces, el papel de Lenin para acusar al señor Carrillo de connivencia con el señor Suárez, y a amenazar con que si el señor Suárez sigue apoyando al señor Carrillo para debilitarle a él, él podría buscar una forma de Frente Popular. Es decir, iría más a la izquierda. "Con los maolistas", comenta, sarcástico, el señor Carrillo.

DE forma que: el PSOE, con su garantía de moderación y serenidad, quiere alcanzar a una izquierda de reivindicación social, obrerista, y el PCE, con su garantía de partido obrero y de reivindicación social, querría extenderse a la clientela moderada y serena con su nueva actitud. Van los dos a lo mismo. Lo que podría ser motivo para la fundamentación de una alianza o de un entendimiento, es, por el contrario, una ocasión de disputa y concurrencia. Con otras distancias, algo de lo que ha ocurrido en Francia con la Unión de Izquierdas, sólo que aquí no ha existido nunca esa unión, y que en Francia parece un deseo de no alcanzar el poder, mientras que aquí está la posibilidad de formar una alternativa, aun por medio de una coalición o de un Gobierno de concentración nacional.

MIENTRAS el partido del poder continúa al mismo tiempo su venta de imagen en Europa—con la facilidad de que lo hace desde el Gobierno— y su venta también de imagen en el interior, tratándose de apoderar de la misma clientela de la izquierda moderada, después de la convicción de que la clientela de derecha es escasa y díscola. Le favorece el hecho de que puede hacer sus concesiones calculadas y medidas desde el Gobierno, y de que la oposición es, sobre todo, oposición entre sí. Con los partidos atados por los lazos de la Moncloa durante dos años, y con unas Cortes que asienten y tienen vieja vocación de unánimes. ■